

CAPÍTULO 1

PRIMEROS HECHOS RESPECTO A LA BIBLIA

Qué significa «Biblia»

La palabra «Biblia» procede del griego «biblia» (libros). El singular es «biblión»; «biblos» es una forma de biblión, y significa simplemente cualquier clase de documento escrito. Originalmente biblos significaba un documento escrito en papiro, una clase de papel fabricado con una planta egipcia (véase «Plantas» y el capítulo sobre «Manuscritos y versiones antiguos»). Al antiguo puerto fenicio de Gebal (cerca del moderno Jebeil, unos 40 kilómetros al norte de Beirut) los griegos le cambiaron el nombre por Biblos (Biblus) porque era una ciudad famosa por la fabricación de papiros para escribir. Además, los habitantes de Biblos se hallan entre los primeros que iniciaron la evolución de la escritura e inventaron uno de los primeros alfabetos. Era por tanto natural que los griegos llamaran al lugar «Biblos» y siglos más tarde, al inventarse el códice (un libro con páginas dobladas en forma de acordeón), persistió el término y llegó a significar «libro». Nuestra palabra «Biblia» significa simplemente un «libro».

«Escritura»

«Escritura», «Escrituras» o «Sagradas Escrituras» son términos que los escritores del Nuevo Testamento emplean para referir se al Antiguo Testamento o a cualquier parte del mismo. Por

Introducción a la Biblia

Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y
las hace, le compararé a un hombre prudente,
que
edificó su casa sobre la roca (Mateo 7.24).

«Escrituras», querían decir «Escrituras Divinas». Pablo habla de «Sagradas Escrituras» en 2 Timoteo 3.15 y en el versículo 16 emplea el término «la Escritura». La expresión «las Escrituras» se emplea en Mateo 21.42; Lucas 24.32; Juan 5.39; Hechos 18.24.

La expresión singular «la Escritura» usualmente se refiere a un determinado pasaje del Antiguo Testamento más que al Antiguo Testamento en su conjunto (Marcos 12.10; Lucas 4.21; Santiago 2.8). En 2 Pedro 3.16 se llama «Escrituras» a las epístolas de Pablo y probablemente a los evangelios; de

modo que tenemos precedentes

Primeros hechos respecto a la Biblia

de peso para emplear tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento en nuestras Escrituras cristianas. Pero no todos los cristianos tienen el mismo contenido en sus Escrituras. (Véase «El canon» en otra parte de este capítulo).

«Testamento»

En lenguaje corriente «testamento» es la última voluntad de una persona, en la que ésta dispone de sus bienes para el momento de su muerte. Pero no es ese el sentido que tiene en la Biblia, en la cual significa «pacto» o convenio. Sería más apropiado hablar de Antiguo Pacto y Nuevo Pacto, pero la tradición (a partir de Tertuliano) desde hace mucho ha establecido el empleo de la palabra «Testamento».

La idea de un «pacto» se remonta a Moisés en el Sinaí (Éxodo 24.3-8), y aun antes de Moisés, a Abraham (hasta hay más antiguos indicios del Pacto, Génesis 6.18, por ejemplo) cuando Dios hizo una promesa a su pueblo elegido. Al hacer aquella promesa o pacto, Dios se colocó en una especial relación con su pueblo: en una relación salvadora o redentora. El Antiguo Testamento narra la historia de cómo aquella especial relación ha funcionado en la historia. Pero los judíos preveían y esperaban un Nuevo Pacto, y en él ponían su esperanza; Jeremías (31.31-34) predijo aquel Nuevo Pacto (véanse las palabras de Jesús en Mateo 26.28). Que el Nuevo Pacto en realidad se produjo, lo demuestra el propio Jesús al decir: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre» (1 Corintios 11.25). No es sorprendente que Pablo mencione el Antiguo Pacto (2 Corintios 3.14) y el Nuevo (2 Corintios 3.6). Y el autor de la Epístola a los Hebreos hace de la distinción entre los Pactos, uno de sus grandes temas (Hebreos 8.13, etcétera).

Antiguo Testamento: Divisiones

Hay tres divisiones en el Antiguo Testamento hebreo: Ley, Profetas y Escrituras. Esta división triple se refleja en pasajes del Nuevo Testamento como Mateo 5.17, Lucas 16.29 y Lucas 24.44.

I LEY TORA	II PROFETAS (O NEBHIM)	III ESCRITURAS (OKETHUBHIM)
1. Génesis 2. Éxodo 3. Levítico 4. Números 5. Deuteronomio	<i>Primeros</i> 6 Josué 7. Jueces 8. Samuel (1 y 2, un solo libro) 9. Reyes (1 y 2, un solo libro) <i>Posteriores</i> 10. Isaías 11. Jeremías 12. Ezequiel 13. Los Doce (Profetas Menores)	<i>Poéticos</i> 14. Salmos 15. Proverbios 16. Job El Megilloth (pronúciase mijiloz) 17. Cantar de los Cantares 18. Rut 19. Lamentaciones 20. Eclesiastés 21. Ester <i>Históricos</i> 22. Daniel 23. Esdras-Nehemías 24. Crónicas (1 y 2, un solo libro)

Tradicionalmente la Biblia hebrea contenía solamente veinticuatro libros distribuidos así:

Estos veinticuatro libros de la Biblia hebrea corresponden a los treinta y nueve de nuestro Antiguo Testamento. El número se altera principalmente al dividir los profetas menores en doce libros separados y al dividir (en dos cada

uno) Samuel, Reyes y Crónicas. Esdras-Nehemías también se separan en dos libros. En la Biblia griega (Septuaginta), el Antiguo Testamento tiene una división diferente, determinada por similitud de temas. Así:

Primeros hechos respecto a la Biblia

I PENTATEUCO	II HISTÓRICOS	III POÉTICOS Y SAPIENCIALES	IV PROFÉTICOS
GENESIS ÉXODO LEVÍTICO NÚMEROS DEUTERONOMIO	JOSUE JUECES RUT SAMUEL REYES CRÓNICAS ESDRAS NEHEMÍAS TOBIT JUDIT ESTER MACABEOS	SALMOS JOB PROVERBIOS ECLESIASTÉS CANTAR DE LOS CANTARES SABIDURÍA ECLESIASTICO	PROFETAS MAYORES ISAIAS GEREMIAS LAMENTACIONES BARUC EZEQUIEL DANIEL PROFETAS MENORES LOS DOCE APÓSTOLES

Este es el orden que generalmente siguen la Biblia latina y nuestras Biblias Evangélicas. (Véase "Canón" en otra parte de este capítulo.) Por cierto, este orden es más cronológico que el

de la Biblia hebrea (por ejemplo Rut viene después de Jueces).

Nuevo Testamento: Divisiones

El tamaño del Nuevo Testamento es sólo un tercio del Antiguo. Su división general es como sigue:

EVANGELIOS HISTORIA EPÍSTOLAS APOCALIPSIS

Este bosquejo no corresponde al orden en que se escribieron los libros; de haber sido así, las epístolas aparecerían primero (Santiago o Gálatas), y Marcos sería el primer evangelio. Segunda de Pedro sería el último libro en vez de Apocalipsis. Se ordenaron según un principio diferente, no según la fecha de escritura. Los evangelios están primeros porque nos presentan al Fundador de nuestra religión; Él es el comienzo del relato. Mateo es el primer evangelio porque es el más judío y muestra cómo en Jesús se cumplió el Antiguo Testamento; de modo que Mateo constituye un puente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Hechos viene después de los evangelios porque continúa la historia hasta treinta años después de la muerte y resurrección de Jesús. Las Epístolas de Pablo están ordenadas en general según su extensión, la más larga, primero, la más breve, última. (Una ampliación sobre el ordenamiento de las cartas de Pablo puede verse en el capítulo «El Nuevo Testamento libro por libro».) El Apocalipsis concluye el Nuevo Pacto porque lanza la nota de esperanza y consumación de Pablo están ordenadas en general según su extensión, la más larga, primero, la más breve, última. (Una ampliación sobre el ordenamiento de las cartas de Pablo puede verse en el capítulo «El Nuevo Testamento libro por libro».) El Apocalipsis concluye el Nuevo Pacto porque lanza la nota de esperanza y consumación en el Día Final. Hebreos y las

epístolas católicas (universales) amplían y fortalecen la doctrina del Nuevo Testamento, y fueron añadidas también por aplicaciones prácticas de la doctrina. El todo en conjunto tiene este aspecto:

Primeros hechos respecto a la Biblia

I EVANGELIOS	II HISTORIA	III EPÍSTOLAS	IV APOCALIPSIS
1. Mateo 2. Marcos 3. Lucas 4. Juan	5. Hechos de los Apóstoles	6. Romanos 7. 1 Corintios 8. 2 Corintios 9. Gálatas 10. Efesios 11. Filipenses 12. Colosenses 13. 1 Tesalonicenses 14. 2 Tesalonicenses 15. 1 Timoteo 16. 2 Timoteo 17. Tito 18. Filemón 19. Hebreos 20. Santiago 21. 1 Pedro 22. 2 Pedro 23. 1 Juan 24. 2 Juan 25. 3 Juan 26. Judas	27. Apocalipsis

Antiguo y Nuevo Testamentos juntos Es significativo que desde muy al principio de la historia cristiana los veintisiete libros del Nuevo Testamento aparezcan unidos a las Escrituras hebreas. Esto suministró más ricos y amplios recursos para la adoración y para la defensa del

Evangelio cristiano. Además, el Antiguo Testamento era reconocido como preparación para el Nuevo (Hebreos 1.1-2). Es por ello que la Biblia de los apóstoles, así como la de su círculo de predicadores del Evangelio y demás colaboradores, era en realidad el Antiguo Testamento, al que llamaban "las Escrituras". El Antiguo Testamento contenía el camino de la salvación la venida del Mesías (obsérvense las palabras de Pablo en Romanos 3.21 y 2 Timoteo 3.15). Y, lo que es más importante, el

propio Cristo empleó el Antiguo Testamento; y en virtud de su autorizado ejemplo, el círculo apostólico también lo empleó. Escuchemos lo que en sus *Laws of Ecclesiastical Polity* dice Richard Hooker:

El fin general del Antiguo y el Nuevo (Testamento) es uno, y la diferencia entre ambos se reduce a esto: El Antiguo Testamento daba sabiduría enseñando la salvación mediante el Cristo que había de venir; el Nuevo, enseñando que Cristo el Salvador vino.

De modo que el Nuevo es el cumplimiento del Antiguo. El Antiguo es lo que Dios hizo en el pasado; el Nuevo, lo que Él dramatiza en un Hijo.

El Nuevo en el Antiguo ya se implica;
El Antiguo en el Nuevo bien se explica.
El Nuevo en el Antiguo es verdad rara;
El Antiguo en el Nuevo ya se aclara.

Idioma de los Testamentos

El Antiguo Testamento se escribió originalmente en

hebreo, pues era el idioma en que se expresaba literariamente el pueblo hebreo, la nación llamada Israel. Hay que saber, sin embargo, que Daniel 2.4b -7.21 y Esdras 4.8-6: 18; 7.12-26 y Jeremías 10.11 están escritos en arameo, idioma emparentado con el hebreo y parte de la familia de lenguas semíticas (árabe, asirio, babilonio, cananeo). El Nuevo Testamento se escribió en griego, aunque parte del mismo primeramente fue hablado en arameo, idioma cotidiano de Jesús y sus discípulos.

Épocas que abarcan

Las Escrituras hebreas; se produjeron durante un período que

20

Primeros hechos respecto a la Biblia

abarca más de mil años, pero el Nuevo Testamento se escribió durante el primer siglo D.C., durante la segunda mitad del siglo. La historia del Antiguo Testamento se remonta hasta los albores de la humanidad y la historia divina. La arqueología ha demostrado la validez de la historia del Antiguo Testamento en un grado que hace apenas una o dos generaciones no se esperaba; y la civilización antigua de los hebreos y la del cercano oriente pueden estudiarse juntas, ya que las dos se desarrollaron por la misma época. En cuanto al Nuevo Testamento, las primeras epístolas de Pablo, añadiéndoles quizá Judas, se escribieron en un lapso de diez o doce años (del 48 D.C. al 60 D.C.); los cuatro evangelios y la mayoría de los demás libros del Nuevo Testamento se terminaron entre 60 y 100 D.C.

Variedad

La Biblia es el producto de una notable variedad. Los aspectos sociales, económicos, políticos y religiosos de la vida se hallan en ella presentes. Varían su geografía y su gente. El

rico y el pobre, el libre y el siervo, el hombre urbano y el campesino, el culto y el ignorante, desfilan por las páginas de los Testamentos. Desiertos y ciudades, montañas y valles, ríos y mares son partes también del escenario bíblico. Así como hay variedad de ambientes en la Biblia, hay también en ella variedad de expresiones literarias. La mayoría escribió en prosa, pero algunos en poesías, y otros en prosa y en verso. Dentro de esta doble división de prosa y verso hay formas literarias como historia, leyes, parábolas, adivinanzas, biografía, sermones, proverbios e historias de amor. La historia de la redención se narra de suficientes maneras para apelar a los diversos temperamentos, antecedentes y personalidades de cada generación en toda parte del mundo.

Samuel Chadwick dijo cierta vez, «La Biblia es un milagro de variedad. En ella encontramos toda clase de literatura, toda forma

de humanidad, toda variedad de temperamentos, toda necesidad humana, toda dote de sabiduría y gracia». «Es apta», decía, «para toda circunstancia y toda necesidad del hombre».

Revelación e inspiración

Un mensaje central

No obstante esta variedad de ambientes y formas literarias, hay una fuerte unidad de propósito en la Biblia. El teatro, la historia y la ley se emplean para aclarar el mensaje central. Sin duda esta es la razón por la cual la palabra Biblia llegó a significar no sólo muchos libros, sino un libro (en griego «Biblia» es plural, pero se transformó en el latín «Biblia» que es singular).

¿Cuál es este mensaje central? Está contenido en una palabra: SALVACIÓN. Dios proveyó esta salvación, y en el acto mismo de proveerla expresó su significado. Se envió a sí mismo en un Hijo, Jesús, el cual enseñó y vivió la salvación del pecado. En la cruz, Dios proveyó el medio de salvación, y la vida y muerte de Jesús provocan en el hombre una respuesta en pro o contra de Dios. Dios continúa mostrándonos la salvación en su «Iglesia», palabra empleada tanto en el Nuevo Testamento (Mateo 16.8 «edificaré mi iglesia») como en el Antiguo Testamento griego. Dios expresó la salvación en su Palabra Escrita (Biblia), la dramatizó en su Palabra Viviente (Jesucristo), y la demuestra hoy día en su Palabra Perenne (es Espíritu Santo en su Iglesia).

Revelación

La Biblia es la revelada (sin velo, descubierta) Palabra de Dios respecto a la salvación del hombre. El mensaje central de la Biblia es suma y esencia de esa revelación. Este mensaje o revelación Dios lo escenificó a la vez que lo expresó con palabras. Lo escenificó en los grandes acontecimientos de la historia bíblica: el Éxodo, la

entrega de la ley a Moisés, la liberación del cautiverio asirio en el siglo VIII A.C., el regreso del exilio babilónico, y especialmente en su Hijo Jesucristo que vivió, murió, resucitó y ascendió al Padre para ser nuestro Mediador.

Junto a esos actos salvadores hubo palabras proféticas. Moisés fue el portavoz de Dios ante los israelitas en tiempos del éxodo, el cronista de los Diez Mandamientos y los detalles de la Ley; los profetas —especialmente Isaías— hablaron en nombre de Dios con palabras de amonestación y aliento durante la amenaza asiria; otros profetas declararon la Palabra

de Dios durante el regreso de los exiliados. En el Nuevo Testamento tenemos la historia de Jesu cristo, mediante el cual habló Dios mismo. La Biblia combina y entrelaza los potentes actos de Dios (véase Salmo 145) con la profética Palabra de Dios. Es en este entrelazamiento de materia les dramáticos que la revelación se expresa. Historia y profecía eran una sola cosa en el sentido de ser ambas vehículos para comunicar el mensaje de Dios. Quizá sea por esto que en la Biblia hebrea los libros históricos forman un solo conjunto con los libros de los profetas.

Revelación y respuesta

Dios reveló su propósito y voluntad para provocar en el hombre una respuesta. La Biblia, especialmente el Antiguo Testamento, registra no solamente los actos de Dios sino también las reacciones del hombre. Es posible rastrear los altibajos en las reacciones de los hebreos. Eran obedientes, pero muy a menudo desobedecían (el libro de los Jueces es especialmente gráfico al respecto). Así como la revelación de Dios se expresó tanto en actos como en palabras, las reacciones del hombre tuvieron doble expresión. Tanto las palabras como los actos de los israelitas constan en el Antiguo Testamento, y en el Nuevo Testamento se nos presenta con sorprendente claridad la teología y sus resultados en la práctica.

Esta escuela realmente tuvo seguidores desde muchísimo antes del día actual. Pablo luchó con los legalistas (Hechos 15 y la Epístola a los Gálatas) que insistían en guardar ciertos aspectos de la ley judaica a pesar del nuevo clima gentil y de la cambiada actitud en la vida cristiana. En la Edad Media surgió una escuela de «moralistas» que de ciertos pasajes bíblicos procuraban deducir los sistemas morales que les

agradaban. Igual actitud persiste hoy día en ciertos círculos, que dan por propósito principal a la interpretación bíblica «descubrir otro argumento» para apoyar determinado punto de vista sobre conducta, menospreciando casi por completo el aspecto doctrinal o teológico de la Escritura. Lo contrario también puede ocurrir, en cuyo caso se interpretan las Escrituras para satisfacer la propia tesis doctrinal, desentendiéndose casi por completo de la práctica y la ética. A menudo esta actitud legalista de interpretación va de la mano de cierto manejo de la letra escritural, mediante el cual un «texto-demostración» se emplea para probar una tesis sobre determinado tema. Suelen valerse de este truco las sectas seudocristianas.

3. Escuela reformada

Los reformadores protestantes del siglo XVI conciliaron dos formas de enfoque a la interpretación bíblica: el sentido recto o «evidente» de la Escritura, y la exégesis histórico-gramatical. Alegaban que cualquier cosa parecida a la interpretación alegórica era un intento de ocultar el sentido intencional de la Escritura, y en tal caso era espurio. Los reformadores tronaron contra esto y contra cualesquiera otros métodos que impidieran a las Escrituras «hablar por sí mismas». En cuanto a gramática, el argumento es que el simple análisis gramatical ayuda a comprender el significado llano de oraciones sencillas y aun de algunas no tan sencillas. Lo «histórico» se refiere a lo que las Escrituras significaban en su contexto histórico. Los reformadores también usaban la abundan-

cia de comentarios que el pasado nos ha legado. Se preguntaban, «¿Qué han expresado los grandes intelectos del pasado respecto a la Biblia?» Los reformadores se interesaban

especialmente en lo dicho por los Padres de la Iglesia (Agustín, Jerónimo, etc.). «Exégesis» significa extraer de la Escritura lo que realmente contiene; el término contrario es «eiségesis», hacer decir al texto lo que a uno le agradaría que dijera. No siempre lograron los reformadores evitar la «eiségesis», pues cada uno da a la Biblia el matiz de su propio modo de ver y del ambiente que lo rodea; pero puede asegurarse con certidumbre que hicieron más que la mayoría de las personas hasta aquellos días por dejar que la Biblia hablara por sí misma.

4. Escuela tipológica

Esta escuela de interpretación también es antigua y actual al mismo tiempo. Los tipologistas, por ejemplo, ven un «tipo» o símbolo de Cristo en José, en el Antiguo Testamento, en el intento de sacrificar a Isaac, en Moisés y Josué como libertadores. Tienen cierta razón; pero José, Isaac, Moisés y otros han de tomarse como ilustraciones y sugerencias, y de ningún modo tomarlos al pie de la letra como «tipos» de Cristo. La persona de Cristo no es lo único de que se ocupan los tipologistas, pero el ejemplo anterior ilustra su método.

Cristo mismo, principio orientador

Algunas escuelas de interpretación son más dignas de alabar que otras. La escuela alegórica tiene un barrunto de verdad; los reformadores tuvieron tanto éxito en lo que iniciaron, que la mayoría de los eruditos actuales, por lo menos los protestantes, siguen adelante con su método y lo amplían. Lo bueno de la escuela legalista es su apego a la verdad; los tipologistas tienen razón en cuanto a que en verdad hay en el Antiguo Testamento prefiguraciones de

Las palabras «obediencia» y «desobediencia» resumen la

reacción del hombre respecto a la revelación de Dios.

Revelación e inspiración

La palabra «inspiración» significa «soplo hacia afuera». Ya que Dios inspiró la Biblia esta es un producto divino. Los hombres fueron los vehículos de que Dios se valió para dar a su mensaje forma escrita. Cómo se realizó esto, es un misterio; que se realizó, es un hecho. La inspiración y la revelación van de la mano. Nuestra inspirada Biblia es en verdad la revelación escrita, así como las palabras de Jesús fueron la revelación hablada. Las palabras y hechos de Dios expresados en dramas de la vida real fueron la revelación para los israelitas; la crónica de dicho drama es la revelación para nosotros siglos más tarde. La viva historia redentora es revelación, así como lo es la narración escrita de aquella historia. La inspiración y la revelación se complementan mutuamente; están entrelazadas. Ambas fueron y son necesarias para el mantenimiento y crecimiento de la Iglesia. La revelación y la inspiración se produjeron cuando los hombres fueron capacitados para ver y escribir los potentes actos y las proféticas palabras de Dios. De modo que el ver y el anotar constituyeron dones milagrosos del Espíritu de Dios en hombres y mentes ardorosos e iluminados.

La Palabra revelada y su autoridad

La expresión «Así dice Jehová» aparece unas 359 veces en la Palabra la Biblia. Dios ha hablado en su Palabra revelada, y el hombre tiene que responderle negativa o positivamente. Enfrentar se a la Biblia es verse obligado a tener que decidirse en favor o en autoridad contra de ella; ¡así es ella de exigente! Es de este modo porque en la historia la experiencia humana ha demostrado que la Biblia tiene el veredicto definitivo (tiene autoridad) en lo relativo a (1) fe (doctrina) y (2) práctica (conducta moral o ética). La Biblia

Primeros hechos respecto a la Biblia

es un libro con un doble propósito: llevar la gente a la fe en Dios — es decir, a Dios mismo— y enseñarles cómo proceder. La Biblia nos muestra cómo entablar relaciones correctas con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos. Reconocer este hecho es reconocer la autoridad de la Palabra revelada; responder a la Palabra de autoridad es la clave para la existencia de individuos armoniosos y de una armoniosa sociedad.

Según las creencias de la iglesia católica, la autoridad está constituida por dos elementos: la Biblia y la historia o tradición. Los protestantes honradamente tienen que reconocer que sus diversas tradiciones sí desempeñan un papel en la actitud religiosa general; sin embargo, la tradición no desempeña un papel tan importante como en el catolicismo. Los reformadores protestantes tendían a proceder fundándose en el principio de que la Biblia, y sólo ella, es la verdadera y única autoridad en cuestiones de doctrina y práctica. Así, la Confesión de Westminster —típica declaración de credo protestante como la que más— declara que los sesenta y seis libros bíblicos son «todos... dados por divina inspiración, para ser la regla de fe y vida». Hay que dejar sentado este otro hecho: que la Biblia es el mejor apoyo de autoridad para sí misma, y cada cual debe leerla por sí mismo. El más excelso erudito bíblico no puede efectuar para otra persona este descubrimiento, sino que el mismo Espíritu que inspiró la Biblia, en lo interno de la persona receptiva dará testimonio de su autoridad.

Interpretación

Interpretación de la Palabra de Dios revelada

1. Idioma

El propósito de la interpretación bíblica es dejar claro el sentido y mensaje de la revelación de Dios. ¿Cómo interpretamos la Biblia?

Debemos comenzar por reconocer lo que G. Campbell Morgan llamó el «principio contextual». Debe considerarse la Biblia dentro de su propio contexto de idioma, tiempo, lugar y situación. Cada parte de ella debe analizarse a la luz de las demás partes. Ya hemos dicho que la Biblia se escribió en hebreo, arameo y griego. Expertos lingüistas constantemente tratan de dar a sus traducciones de las Santas Escrituras el verdadero sabor y significado del texto original. Las particulares construcciones idiomáticas y modismos constantemente se descifran para nosotros en nuestro idioma con claridad cada día mayor, conforme se publican más y mejores traducciones. Pero también el laico debe hacer suya la tarea. Debe tomar en cuenta la diferencia entre prosa y verso, profecía y apocalipsis, parábola y hecho. La Biblia es antigua y oriental; es decir, procede del Oriente Medio o Cercano, y no de Europa o América. Los orientales piensan en sentido figurado más que los occidentales; se valen de la poesía y del lenguaje figurado. No podemos meter a la fuerza nuestros patrones de lenguaje literales y rectilíneos en este libro antiguo y oriental, en el cual no tienen aplicación.

3. El tiempo

El tiempo, la historia o lo que podríamos llamar trasfondo histórico debe comprenderse para interpretar correctamente la Biblia. Entre los pueblos antiguos, los hebreos eran los que tenían el más agudo sentido de la historia; y lo eran porque Dios se reveló en sus actos y palabras por medio de la historia. No debe conocerse únicamente la historia de sus actos salvadores, sino también el ambiente en que dichos actos

salvadores ocurrieron. Los acontecimientos de la Biblia tuvieron por centro el área geográfica que se extiende desde Egipto hacia el norte por Palestina, Babilonia y Asiria, hasta el Asia Menor y finalmente Europa. Puesto que los acontecimientos de la Biblia ocurrieron en un período de varios millares de años, han de

observarse cuidadosamente los movimientos históricos de este gran período.

Si no se reconocen estos movimientos y cambios, el intérprete se encuentra en la torpe posición de evaluar los moldes de conducta del primitivo canaaneo por las elevadas normas morales de Jesús. Razonando de igual modo, es absolutamente esencial que en nuestro día tomemos de la Biblia las enseñanzas, de ejemplo o de palabra, que tienen aplicación para nosotros, en nuestra circunstancia moderna.

3. El lugar

Si el factor tiempo tiene que ver con el trasfondo histórico, el factor lugar tiene que ver con el trasfondo geográfico. Es un hecho reconocido que la posición climática y geográfica influyen en la cultura de un pueblo. En Egipto, donde hace mucho calor y rara vez llueve, la gente es lenta y necesita dormir mucho. Generalmente en climas frescos, por el contrario, la gente tiene movimientos más rápidos y es más progresiva en cuanto a eliminar la suciedad y la enfermedad. Algunas de las leyes del Pentateuco tienen definida relación con las cálidas condiciones climáticas del Cercano y Medio Oriente. Por ejemplo, la prohibición de comer cerdo era buena, porque dicha carne se descomponía rápidamente sin refrigeración. A la luz de este hecho sería injusto interpretar los actos de los antiguos hebreos como ignorancia simplemente porque podemos hoy día conservar y comer esta

carne.

4. La situación

¿Cuáles eran las verdaderas condiciones de vida de los antiguos hebreos, o de los más recientes judíos en tiempos del Nuevo Testamento? Para comprender a estos pueblos antiguos en su vida cotidiana y ponernos en su lugar es esencial que observemos minuciosamente sus costumbres y modo de vivir. Es un hecho nuestra

tendencia a formarnos imágenes; por lo tanto, nos formamos un cuadro más exacto de la Biblia si visitamos, por así decirlo, los pueblos bíblicos. Afortunadamente esto es posible mediante la abundancia de datos disponibles sobre vestido, relaciones y costumbres bíblicos. Además, los diccionarios bíblicos y libros similares de consulta suministran ilustraciones gráficas mediante cuadros y la palabra escrita. Actualmente los eruditos obtienen muchos de sus datos del trabajo de los arqueólogos que están excavando los restos de las civilizaciones de tiempos bíblicos.

5. Ver la Biblia como un todo

G. Campbell Morgan, al enunciar el principio contextual de interpretación bíblica, insistía en que era absolutamente necesario considerar cada libro de la Biblia y hasta cada capítulo y pasaje, a la luz de la Biblia entera. A veces se expresa de este modo: El mejor intérprete de la Biblia es la Biblia misma. He aquí un ejemplo exagerado: La Biblia dice, «No hay Dios» (Salmo 14.1). Así dice al pie de la letra. Pero proclamar que la Biblia enseña el ateísmo sería de lo más irresponsable y falto de honradez.

Tenemos que leer la afirmación, «No hay Dios», en su contexto completo, y entonces leemos: «Dice el necio en su

corazón: No hay Dios». Pero en la interpretación de este texto hay que ir más allá del contexto inmediato. Hay que considerar el resto de la Biblia. La Biblia comienza con Dios (Génesis 1.1) y termina con Dios (Apocalipsis 22.21), y entre uno y otro extremos casi cada línea palpita con la enseñanza de que hay un Dios viviente.

La interpretación bíblica y el Espíritu Santo El gran Iluminador es el Espíritu Santo. Es él —según nos lo dicen la Escritura (Juan 14.26), la historia y la experiencia— el que nos interpreta la Biblia. Tenemos que emplear el principio contextual

30

Primeros hechos respecto a la Biblia

en todos los aspectos que detallamos anteriormente, pues el Espíritu Santo se vale de esos «medios» naturales para hacernos conocer la Biblia, y hasta nos la da a conocer en una dimensión más profunda aún. Es probable que el conocimiento de la geografía, la historia o la arqueología no hagan comprender y mucho menos experimentar el Nuevo Nacimiento, por ejemplo. Se requiere el poder convincente e iluminador del Espíritu de Dios para poner al desnudo la realidad de nuestro pecado e indignidad, y mostrarnos la anonadante verdad de que hay un Dios ansioso por atraer hacia sí al pecador. Las grandes verdades espirituales de la Escritura las revela el Espíritu Santo mismo.

Escuelas de interpretación

Para que el intérprete logre ver cada porción de la Escritura en relación con el conjunto, tiene que haber un principio orientador. Dicha regla ha variado de época a época, de grupo a grupo y de persona a persona. A continuación

bosquejamos algunos principios orientadores y escuelas de interpretación.

1. Escuela alegórica

El principio alegórico se empleó en tiempos antiguos, y hoy día algunos se valen de él en una u otra forma. Alejandría, en Egipto, fue el centro de esta escuela de interpretación usada por hombres como Filón, Clemente y Orígenes. La alegoría consiste en describir una cosa representándola con otra. Se creía que esta espiritualización del contenido bíblico hacía que uno penetrara en la mente misma del Espíritu Santo; y que, además, así se cubrían las supuestas dificultades éticas del Antiguo Testamento (por ejemplo, la orden divina de matar a los madianitas). La verdad es que la alegoría no hacía ni una cosa ni otra. En la Edad Media, así como hoy día lo hacen algunos, ciertas doctrinas se «sacaban» de narraciones sencillas, o se introducían en las mismas. La alegoría es espuria

precisamente porque no logra revelar la verdad que da fe de sí misma, sino que mediante su sutil y «piadosa» máscara hace que se sospeche de quien la emplea, si no de la Escritura misma.

2. Escuela legalista

Esta escuela realmente tuvo seguidores desde muchísimo antes del día actual. Pablo luchó con los legalistas (Hechos 15 y la Epístola a los Gálatas) que insistían en guardar ciertos aspectos de la ley judaica a pesar del nuevo clima gentil y de la cambiada actitud en la vida cristiana. En la Edad Media surgió una escuela de «moralistas» que de ciertos pasajes bíblicos procuraban deducir los sistemas morales que les agradaban. Igual actitud persiste hoy día en ciertos círculos,

que dan por propósito principal a la interpretación bíblica «descubrir otro argumento» para apoyar determinado punto de vista sobre conducta, menospreciando casi por completo el aspecto doctrinal o teológico de la Escritura. Lo contrario también puede ocurrir, en cuyo caso se interpretan las Escrituras para satisfacer la propia tesis doctrinal, desentendiéndose casi por completo de la práctica y la ética. A menudo esta actitud legalista de interpretación va de la mano de cierto manejo de la letra escritural, mediante el cual un «texto-demostración» se emplea para probar una tesis sobre determinado tema. Suelen valerse de este truco las sectas pseudocristianas.

3. Escuela reformada

Los reformadores protestantes del siglo XVI conciliaron dos formas de enfoque a la interpretación bíblica: el sentido recto o «evidente» de la Escritura, y la exégesis histórico-gramatical. Alegaban que cualquier cosa parecida a la interpretación alegórica era un intento de ocultar el sentido intencional de la Escritura, y en tal caso era espurio. Los reformadores tronaron contra esto y contra cualesquiera otros métodos que impidieran a las Escrituras «hablar

por sí mismas». En cuanto a gramática, el argumento es que el simple análisis gramatical ayuda a comprender el significado llano de oraciones sencillas y aun de algunas no tan sencillas. Lo «histórico» se refiere a lo que las Escrituras significaban en su contexto histórico. Los reformadores también usaban la abundancia de comentarios que el pasado nos ha legado. Se preguntaban, «¿Qué han expresado los grandes intelectos del pasado respecto a la Biblia?» Los reformadores se interesaban especialmente en lo dicho por los Padres de la Iglesia (Agustín, Jerónimo, etc.). «Exégesis» significa extraer de la

Escritura lo que realmente contiene; el término contrario es «eiségesis», hacer decir al texto lo que a uno le agradaría que dijera. No siempre lograron los reformadores evitar la «eiségesis», pues cada uno da a la Biblia el matiz de su propio modo de ver y del ambiente que lo rodea; pero puede asegurarse con certidumbre que hicieron más que la mayoría de las personas hasta aquellos días por dejar que la Biblia hablara por sí misma.

4. Escuela tipológica

Esta escuela de interpretación también es antigua y actual al mismo tiempo. Los tipologistas, por ejemplo, ven un «tipo» o símbolo de Cristo en José, en el Antiguo Testamento, en el intento de sacrificar a Isaac, en Moisés y Josué como libertadores. Tienen cierta razón; pero José, Isaac, Moisés y otros han de tomarse como ilustraciones y sugerencias, y de ningún modo tomarlos al pie de la letra como «tipos» de Cristo. La persona de Cristo no es lo único de que se ocupan los tipologistas, pero el ejemplo anterior ilustra su método.

Cristo mismo, principio orientador

Algunas escuelas de interpretación son más dignas de alabar que otras. La escuela alegórica tiene un barrunto de verdad; los

reformadores tuvieron tanto éxito en lo que iniciaron, que la mayoría de los eruditos actuales, por lo menos los protestantes, siguen adelante con su método y lo amplían. Lo bueno de la escuela legalista es su apego a la verdad; los tipologistas tienen razón en cuanto a que en verdad hay en el Antiguo Testamento prefiguraciones de Cristo y su obra. Pero a fin de cuentas lo que tenemos que hacer es enfrentarnos al Verbo definitivo, el Cristo, mediante el cual Dios habló y

continúa hablando. Este mismo Hijo de Dios, este Jesús de Nazaret, este Cristo, el Mesías, tiene que ser el centro de nuestra interpretación de las Escrituras.

¿Qué significa esto? Primero, significa que debemos observar cómo manejaba el propio Cristo las Escrituras. ¿Cómo empleaba el Antiguo Testamento? Para Él, el Antiguo Testamento predecía su advenimiento. En lo relativo a doctrina, no debemos lanzarnos adelante con el ímpetu de la carne a formular nuestra propia teología; debemos preguntar qué creía Jesús, y dejar que Él sea el Gran Árbitro respecto a nuestra tesis. En cuanto a ética, la vida y ejemplo de Jesús constituyen el perfecto cuadro para la conducta humana.

Desde luego, no es tan sencillo como suena; en la mente de los hombres existen cuadros contradictorios respecto a Cristo, pero en este punto tenemos a nuestra disposición el Espíritu de Dios para que nos lleve a más verdaderos y profundos significados, y nos ayude a separar lo real de lo falso en cada caso individual. Si pudiera expresarse mediante un diagrama este método de interpretación, pondríamos a Cristo en el centro del círculo. Los rayos de la rueda convergen en Él, corte suprema de apelaciones, y la circunferencia de la rueda sería el Espíritu Santo que da equilibrio al todo.

El canon

La palabra «canon» procede del griego «kanon», que significa «nivel» o «regla» empleados por el constructor o por el escribano.

En sentido figurado el canon puede referirse a la norma o regla de conducta o fe, a una lista o catálogo de lo que puede o

no hacerse o creerse. En sentido figurado también llegó a significar una lista de libros de la Biblia. Atanasio, en el siglo IV, fue el primero en usar el término en este sentido.

Los apócrifos

Los apócrifos son los catorce o quince libros, o añadiduras a ciertos libros, que no se encuentran en el canon hebreo, y sí en el canon alejandrino (la Septuaginta). La mayoría de ellos son aceptados por la iglesia católica como parte de la Biblia. Debe insistirse en que no se encuentran en el Antiguo Testamento hebreo, sino que fueron añadidos a la traducción griega conocida como Septuaginta (LXX). El canon alejandrino fue siempre más o menos variable en cuanto a los libros que incluía, mientras el canon hebreo es más fijo y estable. La Septuaginta nos da la única fuente de que disponemos en cuanto al canon alejandrino. El orden general de los libros de la Septuaginta, que nos llega a través de la Biblia latina (Vulgata) de Jerónimo, ha sido aceptado por los protestantes. (De la LXX y de la Vulgata también provienen muchos de los títulos de los libros bíblicos que conocemos.) Se han empleado el texto y la selección hebreas, pero ni el texto ni la selección de libros per se de la Septuaginta se han retenido. (Respecto a la «Septuaginta», véase el capítulo sobre «Manuscritos y versiones antiguas».) Esto no quiere decir que el canon alejandrino carezca de valor, sino que era menos estable que el hebreo. En vista de esto, Lutero relegó los apócrifos a una sección separada en su Biblia; decía que eran «buenos y útiles para leer», pero no como base para la doctrina. Calvino excluyó por completo los apócrifos. La Iglesia de Inglaterra sigue el ejemplo de Lutero; en el sexto de los Treinta y Nueve Artículos, se insta a leer los apócrifos «en cuanto a ejemplo de vida e instrucción de modales, pero sin aplicarlos a fundar ninguna

doctrina». La Sociedad Bíblica de las Islas Británicas no puede incluir los apócrifos en sus ediciones de la Biblia; lo impiden los estatutos de la entidad. Pero los apócrifos están incluidos en algunas versiones protestantes en inglés. Los editores de esas versiones a menudo han impreso los apócrifos en volúmenes separados de los sesenta y seis libros, siguiendo así la opinión general de Lutero y el anglicanismo. Es interesante notar que entre los Rollos del Mar Muerto se han encontrado pruebas de que algunos de los libros apócrifos existían en hebreo (por ejemplo, porciones del Eclesiástico).

La Reforma mantuvo el principio de que la Biblia, y solamente ella es el medio de información, doctrina y ética. Los reformadores, según queda indicado, rechazaron los apócrifos como parte de la Biblia. ¿Por qué? Porque contienen doctrinas falsas como la justificación del suicidio, la oración por los muertos, la limosna como medio de expiar el pecado, que el fin justifica los medios, supersticiones y magia. Además, ni uno solo de los escritores del Nuevo Testamento cita porción alguna de los apócrifos, hecho que constituye un vigoroso argumento en pro de la tesis protestante.

Cuando la iglesia romana convocó al Concilio de Trento (1546) para combatir la Reforma, uno de sus importantes actos fue reco nocer formalmente los apócrifos. Nunca se les había otorgado reconocimiento oficial; al contrario, desde los días de Jerónimo en el siglo IV se habían expresado dudas sobre los mismos. Jerónimo acudió a los textos hebreo, griego y latino antiguo para producir una traducción más al día; y él, igual que Lutero, relegó los apócrifos a sitio aparte. Además, la premura con que tradujo los libros dudosos indica la poca significación que les otorgaba. Desdichadamente, Jerónimo tenía poca autoridad eclesiástica. Aunque era un gran erudito bíblico y lingüístico, los teólogos, como Agustín en África, tenían más poder eclesiástico, y en la parte del mundo de Agustín el contenido de la Biblia griega obtuvo apoyo general.

códice alejandrino salió triunfante e imperó hasta la Reforma. La iglesia romana continúa apoyando los apócrifos como parte de la Palabra de Dios, si bien hay eruditos católicos que actualmente tienden a describir los libros apócrifos como «deuterocanónicos» (secundarios).

Los pseudoepígrafos y los llamados apócrifos del Nuevo Testamento

Los pseudoepígrafos (falsas escrituras) son libros antiguos que datan de los últimos siglos antes de Cristo y los primeros de nuestra era. Para ganar prestigio, y no porque fueran de verdad sus autores, se les dio el nombre de grandes personajes judíos (Enoc, Moisés, Isaías). De allí que se les llame falsos (pseudo). Ni los protestantes ni los católicos romanos los han considerado nunca parte de la Biblia. La mayoría de estos libros se escribieron antes del tiempo de Cristo y son de naturaleza apocalíptica. Presentan un cuadro feliz del futuro de los judíos. Los pseudoepígrafos precristianos incluyen los siguientes:

Libro de Enoc (mencionado en Judas)

Secretos de Enoc (citado en Judas)

Ascensión de Isaías

Apocalipsis de Sofonías

Apocalipsis de Esdras

Testamento de Adán

Apocalipsis de Baruc

Asunción de Moisés (Patriarcas)

Testamento de los Doce

De los libros posteriores a Cristo, varios circulaban en medios religiosos. Pretendían tener valor histórico, diciendo dar datos no sobre la Escritura misma, sino sobre los discípulos, María la madre

de nuestro Señor, la niñez de Jesús, su resurrección, etc. En su mayoría las historias son legendarias e imaginarias, pero hay trazas de información aquí y allí que se consideran auténticas. He aquí algunos de los apócrifos del Nuevo Testamento:

Evangelio de Santiago

Evangelio de Pablo

Evangelio de Pedro

Hechos de Juan

Evangelio según los Hebreos

Historia de José

Evangelio del Nacimiento de María

Evangelio de Nicodemo (o Hechos de Pilato)

Hechos de Pedro

Hechos de Andrés

Hechos de Tomás

Apocalipsis de Pedro

Apocalipsis de Pablo

Epístolas de los Apóstoles

Es interesante observar que los libros apócrifos neotestamentarios o pseudoepígrafos pueden clasificarse en las mismas categorías que nuestro Nuevo Testamento auténtico: Evangelios, Hechos, Epístolas, Apocalipsis. Fascinantes trazas de «in formación» se dan en estos libros. Ejemplo:

1. Jesús nació en una cueva (Evangelio de Santiago).
(Esto probablemente sea cierto. El sitio tradicional de

su naci miento es una cueva encima de la cual está edificada la iglesia de la Natividad, en Belén, una de las más antiguas iglesias del mundo.)

2. Pablo era un hombre pequeñito, ligeramente calvo, con las piernas arqueadas, cejijunto y de nariz un tanto aguileña (He chos de Pablo). También esto está bastante apoyado por la tradición.

3. El hombre de la mano seca de Mateo 12.13 era albañil.
4. Los hermanos de Jesús eran hijos de José, tenidos con otra esposa.
5. El soldado que hirió al crucificado se llamaba Longino. 6. La mujer del flujo de sangre se llamaba Verónica.

Datos adicionales sobre los pseudoepígrafos pueden verse en la gran edición de R. H. Charles y M. R. James, *Apocryphal New Testament*.

Fijación del canon

Los libros sagrados como los que hemos discutido circularon durante un período junto con los libros de la Biblia; pero con el tiempo, los mejores fueron seleccionados bajo la orientación del Espíritu Santo. Aunque sobre el canon hebreo no hubo resolución oficial hasta el Concilio de Jamnia, allí por el año 90 D.C., en la práctica ya había sido fijado antes de Cristo. Los cristianos tomaron el Antiguo Testamento como parte de la Biblia. El canon del Nuevo Testamento se fijó en su parte principal como a fines del siglo II D.C. Pero aún después de esto hubo incertidumbre durante largo tiempo respecto a los últimos cinco o seis libros del Nuevo Testamento. La primera lista de nuestros veintisiete libros, tal como hoy la conocemos, fue formulada por Atanasio en 367 D.C. en su

epístola de Pascua de Resurrección.

Debo agregar algo más: no todos los cánones cristianos que hay por el mundo son iguales. El canon católico romano (igual que el católico griego) ya se ha citado. La iglesia etíope incluye los libros de Enoc (citado en Judas) y Jubileos. Algunos cristianos de la iglesia siríaca excluyen 2 Pedro, 2 y 3 Juan, Judas y Apocalipsis.

División en capítulos (1250 D.C.)

No fue sino hasta 1250 D.C. que se dividió la Biblia en capítulos. Por entonces el cardenal Hugo incorporó divisiones por capítulos en la Biblia latina. Lo hizo por comodidad, aunque sus divisiones no siempre fueron acertadas; sin embargo, esencialmente las mismas divisiones por capítulos han persistido hasta el presente.

División en versículos (1551)

Los antiguos hebreos ya habían intentado la división por versículos, pero la división que hoy tenemos se hizo trescientos años después de la división por capítulos realizada por el cardenal Hugo. En 1551, Roberto Stephens (Robert Etienne) introdujo un Nuevo Testamento griego con la inclusión de divisiones por versículos. El Antiguo Testamento quedó sin dividir. La primera Biblia completa en inglés con división en versículos fue la Biblia de Ginebra (1560). La división en capítulos y versículos en inglés y en español no siempre es exacta, según puede verse por ejemplo en Hechos 7, que al final interrumpe la historia para comenzar el capítulo 8. Esto se ha subsanado en parte en la Revisión de 1960 de la versión Reina-Valera, al subdividir el contenido con subtítulos

que indican los temas, de modo que en el capítulo 8 mencionado hay un subtítulo al comienzo del versículo 4 para indicar un nuevo tema.

Números de capítulos, versículos y palabras El siguiente cuadro indica el número de capítulos y versículos de los libros de la Biblia, Revisión de 1960, Reina-Valera

Antiguo Testamento

Libro	Capítulos	Versículos
Génesis	50	1,533
Éxodo	40	1,213
Levítico	27	859
Números	36	1,288
Deuteronomio	34	959
Josué	24	658
Jueces	21	618
Rut	4	85
1 Samuel	31	810
2 Samuel	24	695
1 Reyes	22	817
2 Reyes	25	719
1 Crónicas	29	942

2 Crónicas	36	822
Esdras	10	280
Nehemías	13	406
Ester	10	167
Job	42	1,070
Salmos	150	2,461
Proverbios	31	915
Eclesiastés	12	222
Cantares	8	117
Isaías	66	1,292
Jeremías	52	1,364
Lamentaciones	5	154
Ezequiel	48	1,273
Daniel	12	357
Oseas	14	197
Joel	3	73
Amós	9	146
Abdías	1	21
Jonás	4	48
Miqueas	7	105
Nahum	3	47
Habacuc	3	56
Sofonías	3	53
Hageo	2	38
Zacarías	14	211

Malaquías	4	55
-----------	---	----

Nuevo Testamento

Libro	Capítulos	Versículos
Mateo	28	1,071
Marcos	16	678
Lucas	24	1,151
Juan	21	879
Hechos	28	1,007
Romanos	16	433
1 Corintios	16	437
2 Corintios	13	256
Gálatas	6	149
Efesios	6	155
Filipenses	4	104
Colosenses	4	95
1 Tesalonicenses	5	89
2 Tesalonicenses	3	47
1 Timoteo	6	113

2 Timoteo	4	83
Tito	3	46
Filemón	1	25
Hebreos	13	303
Santiago	5	108
1 Pedro	5	105
2 Pedro	3	61
1 Juan	5	105
2 Juan	1	13
3 Juan	1	14
Judas	1	25
Apocalipsis	22	404

